

21 de Sept. 1975.

la ronda de los críticos LA VOZ DE LOS VENCIDOS

ANGEL RAMA

Cuando preparé la edición popular de *Dioses y hombres de Huarochiri* que acaba de aparecer en México, (1) lo hice respondiendo a la exhortación formulada por el novelista y antropólogo peruano José María Arguedas. "Este libro —decía él en su prólogo— ofrece caracteres humanos y rasgos maravillosos tan originales, que podrá convertirse en lectura universal y no destinada únicamente a los eruditos".

Así es: dentro del vasto movimiento de recuperación de las culturas indígenas, que acompaña al desestancamiento de la sangre india que pedía Martí, y que ya nos ha dotado de una biblioteca pomposa (el Popol Vuh, el Chilam Balam, los poemas náhuatl, la obra de Quetzalcoatl, los cronistas mestizos) este pequeño volumen ocupa un lugar excepcional. No sólo por lo escaso de la literatura quechua del Incanato (reducida las antologías al Ollantay, al Usca Paukar y folklóricas) sino porque no disponíamos hasta el presente de un testimonio directo de su cultura popular. Las obras citadas corresponden, mayoritariamente, a la que podríamos llamar cultura cortés y a sus tradiciones literarias dominantes pero era posible sospechar que, al igual que en otras sociedades, existiera una desarrollada cultura popular (con su religión, sus ritos, su poesía y su sabiduría) que la ruptura de la unidad imperial y el sometimiento al conquistador dejó en una precaria libertad expresiva.

El manuscrito sin título que comienza con las palabras Runa yndio niscap Machoncuna, durmió trescientos años en la Biblioteca Nacional de Madrid. Lo había recogido de labios de informantes quechuas hacia 1958, el sacerdote cuzqueño (y mestizo) Francisco de Avila, en la provincia de Huarochiri, perteneciente a la arquidiócesis de Lima. Era parte de una tarea de documentación destinada a su em-

pechada lucha contra la idolatría, la cual seguía viva, con sus rituales y curacas, en provincias donde 50.000 indios disponían de un solo sacerdote católico. No llegó a escribir su proyectado tratado sobre el tema y a su muerte su papelería fue a parar a los archivos de Madrid. En 1938 Trimborn hizo su primera edición de Leipzig, a la cual siguió la de Galante en Madrid (1942) pero su primera traducción integral al español recién apareció en Lima en 1966 por obra de José María Arguedas que le consagró cinco años de trabajo, en una edición erudita y restringida que ahora pasa al dominio público.

La misma distancia que Niebhor detectara entre la religión olímpica y las locales entre los griegos, puede percibirse aquí: los dioses de que se nos hablan, con una notoria pluralidad y confusión de fuentes, no son los mismos de la religión cuzqueña oficial, pero tampoco son iguales sus valores morales, sus costumbres, sus formas de imaginar, de tal modo que este texto nos abre una imprevista rendija por la cual avizorar a un pueblo, navegando destramente en la corriente de su cultura propia.

Muchos de sus temas aún hoy sorprenden. Así la libertad con que se expresa respecto a las costumbres sexuales, que ya los visitantes de la sala de huacos pornográficos en el Museo Larco Herrera de Lima pueden haber sospechado. No sólo son los zorros, que se cuentan entre sí las historias del arriba y del abajo respecto a lo que pasa entre las mujeres y los hombres, sino también la focundia con que se celebran los ritos a Chaupinamarca: "se quitaban los vestidos y se cubrían sólo con parte de los trajes; lo vergonzoso de cada hombre lo cubrían con un paño corto de algodón. Cantando y baliando decían: "Chaupinamarca se regocija mucho viendo la parte vergon-

zosa de cada uno de nosotros". Y cuando cantaban y bailaban esta danza, comenzaba la maduración del mundo".

O es la inspección del universo onírico, con el largo sueño de don Cristóbal del cap. 21 dentro de la casa demoníaca: "En un extremo de la maroma vio un pequeño demonio de color muy negro; sus ojos eran como de plata, en sus manos llevaba un palo con un garabato. En otro lado aparecía la cabeza de una llama; sobre la cabeza de la llama el pequeño demonio, sobre el pequeño demonio la cabeza de la llama. Y así, en el Interior de toda la casa, rodaban en el aire estas cosas, en dos filas".

O es, en el cap. 28, la contemplación del cielo, cuando en éste no se veía a Hércules levantando la maza o las Pléyades o a las Tres Marias, como hemos aprendido de griegos y cristianos, sino a los dioses indígenas, al Yacana que tiene forma de llama, a quien al narrador ve descender del cielo como Homero veía descender a Apolo enfurecido "semejante a la noche": "Dicen que este Yacana al que hemos nombrado es como una sombra del llama, un doble de este animal que camina por el centro del cielo, pues es una oscuridad del cielo. Nosotros los hombres también, si, lo vemos venir así, oscuro. Dicen que este Yacana, al llegar a la Tierra, anda por debajo de los ríos. Es muy grande, si; más negro que el cielo nocturno avanza, su cuello con dos ojos, y muy largo, viene".

Son, éstos, apenas algunos ejemplos de la riqueza de ese texto visiblemente hablado: con él nos despegamos del hieratismo del Ollantay y participamos de los cuentos, juegos, danzas, amores, sufrimientos, cantos, de un pueblo asombrosamente creativo. Es cierta la definición de Arguedas: "es una especie de Popol Vuh de la antigüedad peruana" pero por lo mismo parece que aún hoy fluye entre las alturas de los Andes.

Simultáneamente con *Dioses y hombres de Huarochiri*, dos libros que le debemos a un crítico literario, José Juan Arrom, arrojan nueva luz sobre los mitos y el arte de los tainos antillanos, proporcionándonos también la primera versión española integral de la *Relación* acerca de las antigüedades de los Indios (2) que el jerónimo Fray Ramón Pané cumplió en la Española a pedido de Cristóbal Colón, cuando su segundo viaje. Arrom ha retraducido la traducción italiana de 1571 y la ha restaurado con auxilio de quienes como *Las Casas* o *Fernando Colón* manejaron ese inestimable informe para sus libros. Pero no se limitó a esta admirable tarea erudita, sino que aprovechando esa documentación y estrojándola con la arqueología antillana y caribica, ha escrito un libro fecundo: *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas* (3) que es un excelente ejercicio de comparatismo del cual se extrae la eventual identificación de muchas esencias indígenas y su reinserción dentro de su peculiar universo mitológico.

Como desde los estudios de Daniel Brinton y de C.H. de Coeje sobre las lenguas de la familia arahuaca, se ha establecido la vinculación de los tainos con los pueblos asentados en el continente sudamericano, en Guyana y Venezuela, los aportes de José Juan Arrom arrojan luz lateral sobre las tradiciones de algunas zonas indígenas venezolanas. En ese sentido pueden aproximarse algunos mitos contados por Pané y algunas identificaciones establecidas por Arrom en su libro, con el material que recogió Marc Cuvrieux en su último libro *Religión y magia Karí'ña* (4) en sus investigaciones de campo en el Estado Anzoátegui, especialmente entre comunidades que viven en la Mesa de Guanipa. Si bien su enfoque interpretativo es, como él reconoce, discutible, porque discrepa con las líneas

vigentes de la interpretación antropológica y lingüística, sus recopilaciones han sido hechas con rigor y el material que aportan es de sumo interés para reconstruir las concepciones cosmogónicas y antropogónicas de los caribes. Tanto él como Arrom se reclaman de los clásicos estudios de Roth sobre la mitología de los indígenas de Guyana, (que también utilizara magistralmente Lévi-Strauss en sus *Mitológicas*) estableciendo así un circuito cultural intercultural cuyo estudio global permitiría no sólo recuperar vastos paneles de una historia sumergida con la Conquista, sino también la pervivencia hasta nuestros días de una cultura que es estrictamente coetánea de aquella trasplantada de que se enorgullecen, con cierto candor, los hombres de Caracas. Es, por lo menos, discutible, que estos hombres hayan sido capaces de construir una mitología de amplitud y perspicacia de la que, en estos libros, vemos que han sido capaces de instaurar las comunidades indígenas americanas. Es "la voz de los vencidos" (el bello título que puse Miguel Angel Portilla a su selección de textos indígenas) la que volvemos a oír con poderoso acento.

1—*Dioses y hombres de Huarochiri*. México, Siglo XXI, 1975. (Trad. y prólogo de José María Arguedas. "Francisco de Avila, extirpador de la idolatría", por Pierre Duviols).

2—*Ramón Pané: Relación acerca de las antigüedades de los Indios*. México, Siglo XXI, 1974. (Edición y prólogo de José Juan Arrom).

3—*José Juan Arrom: Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*. México, Siglo XXI, 1975.

4—*Marc de Cuvrieux: Religión y magia Karí'ña*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1974.